

## Memorias de un caballista pedigri

### *Este caballero a caballo*

EDUARDO PELÁEZ VALLEJO  
Planeta, Bogotá, 2013, 200 págs.

PARA QUIEN ama los caballos por encima de cualquier ideología, y cree que verlos nacer, crecer y montarlos es memorable experiencia, la lectura de *Este caballero a caballo* puede resultar grata. El libro, de hecho, ha sido bien recibido por el establecimiento literario gracias a su rareza temática y a su pujanza verbal. Sus apologistas, unidos como su autor por vínculos históricos y de sangre al campo antioqueño y su animal emblemático, lo han comentado con entusiasmo. Uno de ellos llegó hasta escribir que “la literatura colombiana no tenía una voz así de fuerte, de auténtica, desde Fernando Vallejo”.

Eduardo Peláez escribe bien, sin duda, y sabe llevar al lector por sus memorias que van desde 1953 hasta 1999. El libro empieza cuando el autor tiene cuatro años y ya siente que no hay otro placer más sublime que cabalgar un caballo. Las primeras escenas suceden en el oriente antioqueño, cuando todo era felicidad en la familia a la que pertenece el narrador. Y culminan en medio del mal gusto y la chabacanería de la mafia que irrumpió en Colombia y no vaciló en aficionarse a los caballos. A través de cuarenta y cinco capítulos más o menos breves, el libro cuenta los avatares de un criador de caballos de estirpe antioqueña que vive sus primeros años en una suerte de remanso bucólico en el que todo está pintado con las tintas del honor y la nobleza familiar tradicional de los terruños conservadores, y con las otras tintas que otorgan una dimensión amorosa a los caballos. Aunque en la medida en que desfilan los ejemplares de la gallardía equina se pasa por un medio surcado de mal gusto y de compraventas extravagantes. Peláez tratará, empero, de clarificar, a lo largo de sus andanzas agropecuarias, que él es un verdadero criador de caballos de paso fino colombiano. Tan *sui generis* es su condición que sucedidos sus periplos caerá en las redes de la literatura para narrar sus recuerdos. Su pasión, y esto se señala insistentemente, está an-

clada en la contemplación de la belleza y no en el lucro o en el negocio. “Mi relación, dice Peláez Vallejo, con los caballos no es primordialmente afectiva ni racional, es estética”. “Los mejores criadores son, dice finalizando el libro, los que no crían pensando en el dinero sino en los caballos, los que no tienen una empresa sino una obsesión”. Y en otra parte se enfatiza: “Para los criadores aborígenes, y el narrador es uno de ellos por supuesto, el caballo de paso fino colombiano es ocio, emoción, vida, belleza, sangre, paisaje, memoria”.

El libro de Peláez Vallejo está lleno de explicaciones de especialistas en el asunto. Cómo se debe montar el caballo, cuándo se debe apretar la yegua, lo que se debe hacer con las riendas y los cabestros, cómo comportarse en las cabalgatas, qué es un caballo cuadrialbo. Y como se trata de ejemplares de exposición, aparecen aquí y allá pasajes de este talante:

Yo sabía que un buen semental es un buen pedigri vivo, lo mismo que una buena yegua de cría. También puedo decirlo así: un buen caballo con mal pedigri no me apetece como reproductor y una buena yegua con pedigri pobre no me apetece como reproductora, aunque ocasionalmente puedan equivocar el destino.

También estas memorias son pródigas en contar las genealogías de los caballos:

En la competencia de potrancas finas de treinta a treinta y seis meses se presentó una excepcional, La Finura del 8, alazana patiblanca, también hija de Rescate y en la misma línea de fenotipo y movimientos de Terremoto.

En fin, surcan las páginas las descripciones de numerosos caballos que hicieron las delicias de los caballistas de entonces: Cancionero, Teoría, Terremoto, Romancero, Contrapunto, Rescate y, el más importante de todos, Vitral.

Es Vitral quien tiene un buen espacio de estas memorias y el lector no duda en pensar que sin este exponente Peláez Vallejo no se hubiera lanzado a escribir sus añoranzas de establo. El meollo de estas páginas termina siendo la historia del potro, nacido en El Retiro, en la finca del mismo Peláez. Vitral proviene de un rincón regional y por los cuidados de su dueño llega a convertirse en el campeón del mundo

en 1999, en Tampa. Por lo tanto, se yerge como el centro de la admiración de todos. Pero esta bestia suntuosa aparece también para poner a tambalear un poco la condición de criador sano y honorable que Peláez enarbola con frecuencia. El precio que pide por su caballo es tan alto (un millón de dólares, mil millones de pesos) que ni los mismos mafiosos colombianos logran comprárselo. Por ello mismo, el supuesto esteticismo del caballista se desvanece para mostrar lo que en verdad lo empuja y lo acerca a las fincas y las moradas de los mafiosos: el dinero.

Un lector desavisado creería que los personajes principales de este libro son los caballos de los que tanto se habla y tan bien. Pero, en realidad, son los jinetes quienes terminan sobresaliendo. Peláez, ese tampoco es su propósito ni mucho menos, no es como Horacio Quiroga o Mario Escobar Velásquez que escribieron literatura sobre animales en la que ellos hablan y tratan de pensar como animales. El fundamento de este libro es recordatorio y, desde esta perspectiva, se establece una relación más bien con Manuel Mejía Vallejo, cuya obra está penetrada de caballos amados por sus dueños y a quien Peláez Vallejo homenajea varias veces en el libro. La hermandad entre los dos reside en el tono de sentimental campechanería que caracteriza por momentos a *Este caballero a caballo* y que Mejía Vallejo despliega en sus libros desde *La tierra éramos nosotros* (1945) hasta *La casa de las dos palmas* (1988). Pero si se quisiera establecer vínculos más contemporáneos con este libro de Peláez Vallejo, aparece de inmediato el nombre de Rafael Baena y sus excelentes pasajes dedicados a los caballos. Sin olvidar que el elemento equino en la literatura colombiana está suficientemente patentado con el monólogo que teje *El moro* (1897), de José Manuel Marroquín. Aunque valga la pena precisar que este caballo no es aristocrático y su vida sufre tropiezos de toda índole. Con todo, hay un puente que las une: mientras que en *El moro* la conclusión fundamental es la brutalidad de los hombres opuesta a la bondad de las bestias, en *Este caballero a caballo* sobresale el sentido estético de los caballos en oposición a los ramplones jinetes que los montan.

Ahora bien, hay que considerar a

NARRATIVA		RESEÑAS
<p>otro tipo de lector. Aquel para quien los caballos resultan remotos y lejanos. Aquel que siente que ellos no lo son todo en el mundo, y no significan una sublime experiencia estética. El que concluye que se trata simplemente de animales manipulados por los hombres. Para este lector, estas memorias pueden resultar aburridas. Y dicho universo, zarandeado por razas pujantes y fiestas caballistas en donde vibran el aguardiente, el limón, la empanada, las crines y los miles y millones de pesos, monótono y elitista. Su esencia en efecto destila, de principio a fin, un olor excesivo a hacendado de sangre azul.</p> <p>Aunque se diría que por estar bien escrito un libro ya es más que suficiente. Pero resulta que los libros poseen, querámoslo o no, un peso cultural insoslayable. Y este de Peláez Vallejo sí que lo tiene. Su marca regresiva es evidente. Su geografía mental está inundada de los valores de eso que se denomina la antioqueñidad. Marca idiosincrática que ha cubierto a contrabandistas y latifundistas, a dueños de minas y ganaderos, a empresarios, narcotraficantes y paramilitares. En el mundo de <i>Este caballero a caballo</i> (título, por lo demás, torpe por su redundancia y cacofonía) confluye la sospechosa grandeza de Antioquia, desde la que propiciaría su colonización que tanto cantan los bambucos, poetas e historiadores regionalistas, hasta la escoria que vendría después con los Ochoa, los Escobar y los otros mafiosos con los que se cruza continuamente el “sano” criador Peláez Vallejo y que, en general, trata con tanta indulgencia. Personajes que ensangrentaron esos años y los ensuciaron con su ética bursátil, y que el narrador trata como amigos o camaradas de profesión. Y es que esos mundos (el de los loables terratenientes y los espurios mafiosos) terminan hermanándose, en medio de la rememoración, por la noble, gallarda y sensual figura del caballo de paso. Machismo de cantina o de finca, sentimentalismo de trova o de copla, anacrónico orgullo de sangre y raza son aspectos que se respiran en este libro. Aspectos que no tienen nada que ver con el anarquista y burlesco rechazo de Fernando Vallejo a esos mismos valores de la tradición antioqueña.</p> <p style="text-align: right;"><b>Pablo Montoya</b></p>		